

DEL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO: DOS ACTUACIONES LITERARIAS DEL GUERRILLERO

Vicente QUIRARTE

Para los que quieren mover el mundo
con su corazón solitario,
los que por las calles se fatigan
caminando, claros de pensamientos;
para los que pisan sus fracasos y siguen;
para los que sufren a conciencia
porque no serán consolados,
los que no tendrán, los que pueden escucharme;
para los que están armados, escribo.

Los versos anteriores son obra de Rubén Bonifaz Nuño y pertenecen al libro *Los demonios y los días*. Naturalmente, se hallan fuera de contexto, pues están dedicados a la soledad del hombre en un mundo donde paradójicamente en la soledad halla su fuerza y la posibilidad de acercarse mejor a sus semejantes. Sin embargo, hay un enigma lleno de posibilidades en el último verso: “para los que están armados, escribo”. Escribo para aquellos que, no obstante su desamparo, gracias a su desamparo, forjan las armas para enfrentar mejor la tarea cotidiana de vivir. En una dimensión heroica, el verso puede ser aplicado a todos aquellos que, nacidos en un ámbito civil, se ven a obligados a tomar las armas y ejercerlas para defender su derecho a la rebelión y transformar las estructuras de la sociedad. Se preguntaba el poeta Fayad Jamis: “¿Qué es para usted la poesía además de la cólera de los que son torturados porque luchan por la equidad y el pan sobre la tierra?” En la historia y en la leyenda, desde Espartaco al Che Guevara, la figura del civil que se transforma en guerrero, aún más que la del soldado, es el signo de la sociedad nacida a partir de la Gran Revolución. La guerra es el paso siguiente a la política, señala la célebre definición de Von

Clausewitz. La formación de los grandes ejércitos durante las guerras napoleónicas, que modificaron radicalmente el arte de la guerra y trajeron consigo toda una estética que marcó a nuestras sociedades latinoamericanas, trajo también consigo la definición del guerrillero.

La guerrilla se define como un tipo de actividad militar llevada a cabo por fuerzas irregulares que luchan en pequeña escala, en acciones limitadas, generalmente en el contexto de una estrategia político-militar. Las guerrillas carecen de uniforme, sus armas y equipo no son convencionales, carecen de líneas formales de suministro y utilizan tácticas heterodoxas. Y aunque este tipo de fuerzas y su manera de operar han existido en todos los tiempos, el diminutivo guerrilla proviene de las campañas españolas del duque de Wellington (1809-13), durante las cuales los irregulares españoles o portugueses ayudaron a expulsar a los ingleses de la península. En México, la Independencia vio el nacimiento de fuerzas irregulares. Como advierte Virginia Guedea, la lucha fue esencialmente cuerpo a cuerpo, pues los insurgentes carecían en su mayoría de armas de fuego, por lo cual utilizaban sus instrumentos de labranza o se valían de otras armas, tan primitivas como eficaces: la honda, la lanza, el temible lazo. Los escasos militares de línea integraron regimientos que en un principio desconocieron la disciplina. La ola humana que destrozó la Alhóndiga de Granaditas es el ejemplo más elocuente de un movimiento esencialmente popular. Sería necesaria la aparición de una figura como la de José María Morelos para que las acciones en pequeña escala pudieran causar daños mayores a los ejércitos de línea.

Resulta significativo que la entrada del Ejército Trigarante, en 1821, haya sido realizada por un ejército ataviado en fastuosos uniformes, inspirados en modelos napoleónicos. Los irregulares, que habían mantenido la resistencia a lo largo de once años, eran excluidos del gran escenario de la representación. De ahí que para la sociedad mexicana de mediados del siglo XIX fuera impactante la entrada de los pintos de Juan Álvarez en 1855, que con sus trajes de manta y sus sombreros de petate simbólica y concretamente recordaban a la capital la existencia del campo, el papel del sur en las guerrillas a todo lo largo de la historia, desde Morelos hasta Genaro Vázquez. “Al centro hay que convencerlo. Al sur basta iluminarlo”, señaló Ignacio Manuel Altamirano, uno de nuestros intelectuales que, en la lucha guerrillera contra la Intervención francesa, tuvieron un papel destacado.

Durante la guerra contra Estados Unidos, el infatigable Guillermo Prieto había formado, con otros intelectuales lo que él denominó una guerrilla de

la pluma. Ante el nuevo atropello, dedica su prodigiosa capacidad de improvisación no sólo a requiebrar chinas y a ser el campeón de los fandangos, sino a la defensa de la causa republicana. El 16 de abril de 1862, poco antes de la batalla del cinco de mayo, apareció el primer número del periódico La Chinaca. La nómina de responsables de su publicación resulta impresionante: José María Iglesias, Alfredo Chavero, Pedro Santacilia, Pedro Schiaffino y Guillermo Prieto. El subtítulo es elocuente y revelador: Periódico escrito única y exclusivamente para el pueblo. La viñeta que lo encabeza es igualmente significativa: un hombre de sombrero jarano da lectura públicamente al periódico ante una multitud de chinacos vestidos de civil y otros de uniforme. Aunque es de etimología incierta, Chinaco parece provenir del náhuatl *tzinácatl*, que significa andrajoso. Una denominación peyorativa adquiriría con el paso del tiempo prestigio y orgullo. Desde el principio de la lucha, los dirigentes liberales supieron fomentar este principio de identidad, una de las características más sobresalientes de El Monarca. Una costumbre arraigada en la época, y que progresó una vez que Maximiliano se instaló en México y se dedicó a cerrar periódicos y encerrar periodistas, era no firmar las colaboraciones, o hacerlo con seudónimo. En La Chinaca la mayor parte de las colaboraciones se publicaban anónimamente, aunque es posible reconocer las plumas de Guillermo Prieto y Vicente Riva Palacio.

A mediados del año 1863 deja de aparecer La Chinaca. La situación militar favorece al ejército interventor que, ahora al mando de Elías Federico Forey, pone sitio a la ciudad de Puebla, que se había convertido, tras la victoria del 5 de mayo, en capital emotiva de la nación. El 13 de mayo cae la plaza, defendida por Jesús González Ortega hasta el límite de sus posibilidades. Como se dijo antes, el gobierno republicano decide abandonar la capital de la República y trasladar los poderes a San Luis Potosí. Forey avanza a la capital, donde entra el 10 de junio. El 13, mientras nombra prefecto municipal a Miguel María Azcárate, en San Luis Potosí Juárez organiza su gabinete: Juan Antonio de la Fuente en Relaciones; Sebastián Lerdo de Tejada en Justicia; José María Iglesias en Hacienda e Ignacio Comonfort en Guerra.

El año 1865 inicia con presagios funestos para la causa republicana y sus sostenedores. El ejército interventor francés y sus aliados mexicanos se adueñan paulatinamente de las principales ciudades de la República. Oaxaca, bastión del Sur defendido por un Porfirio Díaz que comienza a forjar su leyenda militar, capitula e 9 de febrero ante la imposibilidad de un enfren-

tamiento que hubiera costado numerosas vidas y la pérdida del material bélico. Surgen divisiones entre los jefes liberales y día con día aumentan las defecciones. Instalado el gobierno de la República en Chihuahua, el presidente Benito Juárez es enterado de la muerte de su hijo José María en Nueva York. El 1 de abril de 1865 que la causa republicana llamaría el año terrible, Eugenia de Montijo envía la siguiente epístola a Carlota:

Hay que tomar partido sobre las guerrillas y no darles más importancia que la que tienen; el asunto importante consiste en inspirar confianza en Europa a fin de atraer capitales. Cada vez que se ejecute una medida decretada y que se vean frente a un hecho consumado, la resistencia será menor; digo esto a V. M. porque conozco a esta raza que, en el fondo, no es otra cosa que la raza española. Después de la guerra civil tuvimos guerrillas durante más de 10 años y fueron desapareciendo poco a poco sólo después de haber creado la gendarmería y construido los ferrocarriles.

Días más tarde, Benito Juárez recibe desde Acapulco, vía San Francisco, una carta fechada el 28 de abril. La misiva es de uno de sus mejores hombres, quien ofrece su versión sobre el panorama militar posterior a la caída de Oaxaca:

Este fue el último esfuerzo de la gran guerra de táctica: pero los franceses están desconcertados con la más terrible que se les hace, no ya con grandes masas sino con pequeñas divisiones. Quizás es más dilatado, pero en cambio cansa más al enemigo. Así, ya ve usted lo que pasa en Sinaloa. Pues eso mismo pasa en Michoacán, a cuyo sur no han podido penetrar. Salazar los ha derrotado en los Reyes, Pueblita en Tajimaroa, Régules junto a Pátzcuaro, Riva Palacio en Zitácuaro.

Quien así escribe desmintiendo el optimismo de Eugenia sobre la intrascendencia de las guerrillas es el coronel Ignacio Manuel Altamirano, quien ese 1865 se convierte en uno de los más aptos asesores militares de Juárez. No hay demagogia en las palabras del diputado Altamirano, que ha cambiado los debates parlamentarios por la campaña militar. Además de las victorias mencionadas en la carta anterior, la eficacia de las guerrillas juaristas de manifiesta en acciones concretas. El 10 de enero, Ramón Corona había vencido cerca de Mazatlán a la vanguardia del general Castagny. En el pueblo de Jacobo, el coronel Domingo Rubí mandó colgar a 60 prisioneros,

entre cazadores de Vincennes y arrieros mexicanos colaboracionistas. Como respuesta a la guerra sin cuartel, Berthelin vence el 28 al temible coronel Antonio Rojas, que murió disparando su rifle, según consigna Agustín Rivera en sus Anales mexicanos de la Reforma y el Segundo Imperio. El 11 de febrero, dos días después de la caída de Oaxaca, Billault incendia la población sinaloense de Concordia.

Desde la toma de Puebla, en mayo de 1863, hechos prisioneros los jefes y oficiales del Ejército de Oriente, Juárez había autorizado la formación de guerrillas, las cuales deberían estar integradas por un corto número de hombres y operar en un territorio limitado. Juan Prim, ese gran amigo de México, había profetizado que los franceses serían dueños sólo del terreno que pisaran, mientras Juárez subrayaba en su manifiesto a la nación del 9 de junio de 1863: “¿Qué pueden esperar [los franceses] cuando les opongamos por ejército nuestro pueblo todo, y por campo de batalla nuestro dilatado país?” Las palabras del Presidente constituían una verdad a medias. Si bien es cierto que la resistencia juarista nunca dejó de manifestarse a través de guerrillas, gran parte de los estados del centro aceptaron tácita o implícitamente la autoridad imperial.

Altamirano dedicará varias páginas a analizar el fenómeno del guerrero improvisado que lucha sin otra estrategia que su instinto de defensa. Por ello no son casuales sus textos dedicados a Ignacio Zaragoza, Jesús González Ortega y Santos Degollado, civiles convertidos en militares por circunstancias políticas, orquestadores del gran ejército republicano forjado a base de derrotas y de constancia. Portavoz y apologista del Sur, Altamirano insistirá en el “genio creador” de José María Morelos y en el conocimiento topográfico de Vicente Guerrero, virtudes ambas que en opinión de Altamirano fueron determinantes para el triunfo de la causa insurgente. En 1863, año de la caída de Puebla e inicio de la peregrinación de Juárez por el norte e la República, Altamirano inicia su campaña militar. El poema “Al salir de Acapulco” es una despedida simbólica de la patria. Altamirano se embarca a las once de la noche del 30 de octubre, sale de Acapulco en el vapor St. Louis, de la línea del Pacífico.

El coronel sí tiene quien le escriba. El 13 de octubre de 1865, Juárez le envía su nombramiento que confirma tal grado. De nuevo el número 13 era determinante en la vida de Altamirano. Había sido bautizado el 13 de enero de 1834, contrajo matrimonio el 13 de septiembre de 1859, con Margarita Pérez Gavilán, y habría de morir el 13 de febrero de 1893. La carta donde

Altamirano agradece a Juárez el envío del nombramiento, es fundamental para conocer la actuación militar del primero.

En otra parte de su epistolario, el abogado Altamirano confiesa que ha debido malbaratar sus “pocos pero buenos” libros para comprar caballos. Cabalga, observa, informa, arregla en la medida de lo posible sus asuntos particulares: en una carta a su amigo Manuel de la Parra le comunica que trabaja en sus autos legales mientras duerme en el suelo y enferma de ictericia. Existe un importante testimonio fotográfico del coronel Altamirano. Aparece de cuerpo entero, erguido y solitario, con botas y capote militar, la mano derecha en el bolsillo del pantalón y la izquierda en el pecho. Es una imagen romántica que lo muestra en la plenitud de su papel como el soldado de la libertad glorificado por Fernando Calderón. Aunque en su artículo histórico sobre el sitio de Querétaro hay páginas de un realismo que llega a lo truculento, en ningún momento hace alarde personal de sus hazañas militares; su alabanza es siempre a favor del nosotros republicano en general y del colectivo Sur en particular, ese Sur que nunca dejó de defender con acciones y palabras y donde emprendió sus campañas.

La mayor parte de las biografías de nuestros escritores del siglo XIX consigna que tomaron la pluma y la espada a favor de la causa republicana. El libro *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, publicado en 1890, es ejemplo de este panegírico oficial donde se pretende ensalzar la ejemplaridad de lo vivido sobre la sucesión objetiva de los hechos. La biografía de Ignacio Manuel Altamirano, incluida en ese volumen, fue escrita por su discípulo Luis González Obregón. En ella consigna que su maestro “participó con su espada de soldado de Ayutla, en los campos de batalla”. Esa información debe ser matizada. En la antes citada *Iconografía* aparece un documento firmado por el general Vicente Jiménez, también guerrerense, donde se consigna que Altamirano participó desde 1860, en plena Guerra de Reforma, como asesor militar y redactor de *El Eco de la Reforma*. Aún más clara es la constancia del general Francisco Leyva que dice, a la letra: “Certifico que el Lic. Dn. Ignacio Manuel Altamirano, en la clase de Coronel de Caballería, combatió desde junio de 1863 hasta julio de 1867”. Cercano desde siempre al general Juan Álvarez, a quien llamaba con veneración su padre y maestro, Altamirano se mantuvo a su lado desde la Revolución de Ayutla como secretario y observador. Su participación militar activa tuvo lugar durante la lucha contra la Intervención francesa. Acaso su bautismo de fuego haya tenido lugar cuando cabalga, solitario,

desde Acapulco hasta La Providencia para ser el primero en comunicar a Álvarez el desembarco de los franceses. En la citada biografía de González Obregón aparece una relación, escrita por Juan de Dios Peza, de las principales acciones de armas en las cuales intervino Altamirano.

Las aclaraciones sobre la actuación militar de Altamirano no menoscaban los méritos del héroe. No fue humillado públicamente por los conservadores, como Juan Valle, ni fusilado en Tacubaya como Juan Díaz Covarrubias, ni torturado por los franceses en San Juan de Ulúa, como Florencio M. del Castillo, para mencionar a algunos de los escritores muertos en combate. Sin embargo, los servicios prestados por Altamirano a la resistencia republicana fueron de una utilidad más allá de las buenas intenciones. Altamirano empuñó la espada en su momento, pero también supo que la “protesta armada” de la República necesitaba de la fuerza de la palabra, ya fuera a través del periodismo combatiente o el discurso cívico. Hablar y escribir claramente, dictaminar con lucidez sobre los acontecimientos y prever el porvenir eran necesidades imperiosas en un país amenazado por los enemigos del exterior y por quienes conspiraban en el seno del país. Se sabía parte de un partido consciente de la necesidad del cambio, pero no era tan ingenuo como para creer que todos los mexicanos, ni siquiera quienes formaban el contingente liberal, supieran cabalmente cuáles eran los objetivos de la República iniciada en Ayutla y que se consumaría plenamente con las inevitables ejecuciones del Cerro de las Campanas.

Al igual que sus compañeros de partido, Altamirano estaba convencido de que la resistencia contra la Intervención era una segunda lucha de Independencia y en ninguno de sus discursos deja de mencionar el papel preponderante de los sureños en la gesta. Su participación como actor y testigo de su tiempo aparece en varios instantes de su escritura; el testimonio varía de acuerdo con el género que maneja, la circunstancia que lo determina y la época en que fija sus impresiones, ya se trate de un parte militar, ya de una recreación injerta en el cuerpo de la ficción. En su libro *La guerra de México según los mexicanos*, Albert Hans se refiere a él con grandes elogios, y señala que “tenía la intuición de las cuestiones militares... trata a los hombres y a los hechos con un criterio superior”.

En sus “Itinerarios en la costa y en campaña”, fechados en 1866, se ve al coronel cuidadoso de su tropa, al jefe que consigna llegadas y salidas, las marchas y contramarchas que las fuerzas republicanas llevaban a cabo para desmoralizar al enemigo, interceptar sus comunicaciones y obligarlo a man-

tenerse siempre alerta. En la narración de Altamirano es notable la prudencia con la cual efectúa sus movimientos, el detenido examen que hace del terreno para permitir maniobras eficientes a la caballería. En ese diario incluye el dibujo que hace de un caballo, enumerando cuidadosamente cada una de sus partes. Si en su novela *Clemencia*, Altamirano dará su versión estéticamente elaborada de los hechos, en su diario de campaña el discurso carece de emoción. En cambio, se limita a hacer una relación de hechos.

En sus extensas comunicaciones al Presidente, Altamirano arma los fragmentos obtenidos de su propia experiencia y de las comunicaciones que recibe. “Yo pregunto todo para escribir”, afirma. No brinda falsas expectativas ni oculta las desavenencias y rivalidades suscitadas entre las fuerzas republicanas. Defiende a sus amigos, como cuando ensalza la disciplina de Riva Palacio al ser removido de su cargo para colocar al general Nicolás Régules, vencedor de Uruapan. Entre líneas, Altamirano da a entender que esa victoria, una de las más significativas para el ejército republicano, fue lograda gracias a Riva Palacio, quien ideó el ataque a la plaza.

Es vigorosa la descripción que hace de la muerte de los generales José María Arteaga y Carlos Salazar. La víspera de su fusilamiento, en nombre de la ley del 3 de octubre de 1865 expedida por Maximiliano para la guerra sin cuartel contra las guerrillas juaristas, los reaccionarios tocaron en su celda canciones chinacas. En 1869, ya triunfante la República, Altamirano será nombrado orador oficial en las exequias para honrar a los generales Arteaga y Salazar, con motivo de la inhumación solemne de sus restos. Es también el año de la fundación de *El Renacimiento* y si en el terreno de las letras llama a la concordia, en su discurso político convoca a olvidar los rencores. El joven que en 1861 pedía la cabeza de sus enemigos no ha claudicado de sus principios; ha evolucionado del modo en que lo ha hecho su país.

Por su prestigio como parlamentario y escritor, Altamirano debía tener gran ascendente sobre los jefes liberales, ya los que trataba directamente, ya aquellos con los cuales se comunicaba por vía epistolar. No dejó de tener enfrentamientos, incluso con el propio general Diego Álvarez, hijo de don Juan. Donde nadie ponía en duda su capacidad era al hacer uso de la palabra. En su verbo encendido palpita una década de resistencia nacional, desde el citado discurso de 1861 donde pedía la cabeza de los reaccionarios hasta el citado discurso de 1869 en homenaje a Arteaga y Salazar.

La actuación culminante de Altamirano como orador combativo lo constituye el discurso del 16 de septiembre de 1865, en el campamento de La

Sabana, cerca de Acapulco, con el enemigo a unos pasos. Ante el inminente desembarco de los franceses, la población en masa decidió abandonar el puerto y celebrar la Independencia en el campamento aludido. Privilegio del coronel Altamirano fue comprobar que el Sur de la República se mantenía fiel a sus principios. En su discurso de 1861 contra la amnistía había criticado a los “políticos de biombo” que apenas se enteraban de los sufrimientos del interior de la República. En la Sabana retoma el argumento para criticar a “los pueblos miserables del centro que han regado, trémulos de pavor, flores al paso de un aventurero coronado”. A Justo Sierra debemos el rescate de una estrofa donde Altamirano pone de manifiesto su rencor a la veleidosa capital que, sumisa a la autoridad republicana, no vaciló en reabrir conventos, echar a vuelo las campanas y aplaudir la llegada de los franceses libertadores al día siguiente de que Juárez resolvió trasladar al gobierno de la capital a San Luis Potosí:

Ilumínate más, ciudad maldita,
 ilumina tus puertas y ventanas;
 ilumínate más, luz necesita
 el partido sin luz de las sotanas.

Altamirano volvería a la capital, a fines de febrero de 1867, a la cabeza de 500 jinetes, para convertirse en el primer jefe republicano en ocupar el Valle de México. Llegaba por los caminos del Sur y penetraba al corazón del antiguo San Agustín de las Cuevas, escenario predilecto del gallero Antonio López de Santa Anna. Altamirano no podía dejar de sentir, emocionado, que en ese mismo espacio su maestro Juan Álvarez, el hombre que no deseaba ser presidente, instaló su gobierno, fundó una casa de cultura, una casa de moneda y una biblioteca pública. Actualmente, una de las pinturas murales del edificio que aloja a la actual delegación tlalpeña consigna el hecho de armas: el coronel Altamirano, vestido de chinaco, se apodera del mismo espacio donde los imperialistas ahorcaron a otros guerrilleros en 1864.

Y si bien, como señalamos antes, los guerrilleros fueron excluidos de la consumación de la Independencia, los liberales fueron los primeros en rendir homenaje a los hijos del pueblo. Apenas “desceñida la espada victoriosa”, según la expresión de Altamirano, los cultivadores de la letra organizan una serie de veladas, que se ostentan orgullosamente como producto de la paz. La politicomanía, así nombrada en la comedia compuesta por Riva

Palacio y Juan A. Mateos, invadía los ánimos: la literatura era una actividad esencialmente pragmática, arma de combate para defender las ideas. Según Altamirano, los autores mexicanos podían hallar una cantera inagotable para su inspiración en las numerosas lecciones, cuadros dramáticos y épicos existentes en los sucesos históricos inmediatamente acontecidos.

En 1868 aparecen las dos novelas de Juan A. Mateos dedicadas a exaltar los acontecimientos recientes: *El sol de mayo* y *El cerro de las Campanas*, que lleva por subtítulo, precisamente, *Memorias de un guerrillero*. Al titular sus obras con dos hitos fundamentales de la guerra —el uno cronológico, el otro toponímico—, Mateos subraya la necesidad de incorporarlos a la memoria histórica. Hombres de acción y de pensamiento, Riva Palacio y Altamirano darán testimonio de su experiencia militar valiéndose del vehículo concientizador de la novela. No son los guerreros que van a dar testimonio de sus hazañas, sino los hombres de pluma que han empuñado la espada obligados por la circunstancia, y cuya misión esencial es rendir testimonio del heroísmo colectivo, del triunfo del nosotros. Como una metáfora del paso de la actividad bélica a la existencia civil, Altamirano utiliza los salarios atrasados que le son pagados como coronel republicano para fundar la revista literaria *El Renacimiento*, donde en 1869 publicará los capítulos de su novela *Clemencia*, ambientada en la época de la intervención, aunque la historia de los sucesos históricos no forme parte decisiva de la obra. Y si con *Clemencia*, Altamirano inaugura la novela de preocupaciones estilísticas, su desarrollo sería otro si no hubiera pasado una guerra contra el invasor extranjero, si no hubiera podido ser testigo, y a veces actor, de una época que sacó a la luz las virtudes más altas y los defectos más deleznable de nacionales y extranjeros.

A partir del 13 de abril de 1868, Manuel C. Villegas, editor de *La Orquesta*, el periódico “omniscio y de caricaturas” que había causado tanto daño a los imperialistas como las balas de los cazadores de Galeana, hace las primeras entregas de la obra *Calvario y Tabor* novela histórica y de costumbres, por el general Vicente Riva Palacio. Las ilustraciones litográficas estarán a cargo de Constantino Escalante, columna vertebral de *La Orquesta* y gran combatiente del grafito, causante de dolores de cabeza para el imperio; víctima de persecuciones y maltratos. La elección del artista no podía ser más afortunada: más que un ilustrador de los artículos incluidos en la publicación periódica, Escalante había sido uno de los más

finos observadores de la realidad mexicana, un reportero gráfico de la guerra y uno de los grandes retratistas del siglo XIX.

No obstante que los lectores enfrentaban sucesos de historia inmediata, muchos de ellos no estaban totalmente enterados de los sucesos que habían tenido lugar en el interior de la república. El Diario del Imperio concedía mayor importancia a los actos de gobierno y a los lunes de la emperatriz, y daba una sucinta relación de la resistencia republicana. Baste mencionar la ignorancia que de los acontecimientos ocurridos en Querétaro tenían los habitantes de la capital de la república, quienes tardaron un mes en enterarse del fusilamiento de Maximiliano. Tampoco se habían cerrado ni las heridas ni los expedientes. Riva Palacio lo comprendía claramente: “El día de la sentencia del pueblo en la causa de Maximiliano ha pasado ya; el día de la sentencia de la historia aún no llega”. De ahí su preocupación porque sus lectores, particularmente los ajenos al drama que apenas había concluido, se enteraran de los sufrimientos y las alegrías de los soldados que en el sur de la república habían mantenido la defensa de la legalidad. Con Calvario y Tabor, Riva Palacio persigue hacer una microhistoria de la guerra en la zona donde le correspondió operar, rinde homenaje a los nombres que han pasado a formar parte del panteón heroico de la reforma —Nicolás Romero, Carlos Arteaga y José María Salazar—, pero, sobre todo, el canto épico del pueblo sufriente y heroico, de la masa que sostuvo, indómita y callada, la resistencia contra la intervención y el imperio.

Calvario y Tabor no es un texto que sirva de pretexto para que Riva Palacio haga un elogio de sí mismo. Actor o testigo directo de los acontecimientos que narra, el escritor se borra del escenario, para convertirse en un narrador omnisciente que combina hechos históricos con las aventuras sentimentales de sus personajes. La figura a la que Riva Palacio quiere dar mayor relieve es la del coronel Nicolás Romero, y por eso la primera acción histórica de la novela tiene lugar desde el comienzo, con la captura del jefe guerrillero en Papazindán. Si Mateos subtítulo Memorias de un guerrillero a El cerro de las Campanas, con objeto de resaltar la importancia que en el conflicto tuvo la guerra irregular, Riva Palacio toma a Romero como emblema del hijo del pueblo. Porque si en Calvario y Tabor se habla de las batallas, marchas y contramarchas de los ejércitos, de la ocupación y desocupación de las poblaciones, siempre de manera sesgada, la atención mayor se centra en la hazaña del chinaco, en la demostración de sus sentimientos y virtudes, en contraposición a los defectos y ponzoñas de sus enemigos.

Romero reunía todas las características que el novelista requería para hacer el retrato del soldado del pueblo, obligado por las circunstancias a convertirse en héroe nacional. Como más tarde lo hará un muchacho llamado Doroteo Arango, que deberá cambiar su nombre a Francisco Villa, Romero entra en la guerra de guerrillas obligado por un delito de orden común, del cual fue culpable indirecto. Al exaltar la figura de Romero, Riva Palacio sigue un proceso semejante al utilizado por Walter Scott en una novela como *Rob Roy*.

Al igual que Scott, Riva Palacio convierte a un oscuro hijo del pueblo en primera figura de la ficción. Romero había nacido el 6 de diciembre de 1827 en Nopala, entonces Estado de México y hoy perteneciente al de Hidalgo. Nunca supo leer ni escribir. Se dedicó a los trabajos del campo y más tarde aprendió el oficio de tejedor. En 1858 una riña en Molino Viejo, cerca de Tlalnepantla, cambia radicalmente su vida. Obligado a huir, roba en su camino un caballo y la máquina de la justicia se pone en su contra. Por fortuna para la historia suya y la de la causa republicana, se incorpora a la guerrilla de Aureliano Rivera, quien lo nombra alférez, en vista de su probada habilidad como jinete y su eficacia como soldado. Taciturno y silencioso en la vida cotidiana, Romero se transfiguraba al entrar en combate. El enemigo jamás debía buscarlo, porque él siempre iba a su encuentro. Aún no cumplía los 38 años de edad cuando fue fusilado el 18 de marzo de 1865. Escuchemos las palabras de su biógrafo Antonio Albarrán:

Puesto bajo la dependencia jerárquica del general Riva Palacio, recibió orden de hostilizar al enemigo en la comarca limítrofe entre los estados de Michoacán y de México. Allí empezó el periodo vertiginoso de la carrera militar de Romero; sus hechos de armas no fueron ya la manifestación de la intrepidez, sino la connaturalización íntima con el peligro; él y sus Colorados no hicieron ya alarde de valor, sino de loca temeridad; aquella guerrilla no se movía, sino revoloteaba en torno del enemigo; no ejecutaba ya maniobras, sino se agitaba en remolinos; no era esa tropa uno o varios centenares de soldados, según la ocasión, sino un escuadrón de espectros empujados por una fuerza incontrastable y llevando delante de sí la muerte y la destrucción. Parecía que algún soplo sobrenatural mantenía en perpetua y mortífera actividad a aquellos combatientes, rápidos, audaces y terribles. Aquel vigor, aquella persistencia inflexible, aquel golpe de vista certero, aquel valor sublimado, aquella rapidez y precisión de movimientos, aquellas cualidades superiores, en fin, que han hecho de Nicolás Romero el tipo perfecto y legendario del

guerrillero mexicano, se manifestaron de un modo tan visible para amigos y enemigos, a partir de aquella época, que sus adversarios le dieron el nombre, glorioso en boca de soldados franceses, de León de las montañas.¹

En Riva Palacio hay un triple papel de novelista, historiador y testigo de los hechos, y cada una de estas características se halla presente en la articulación de su discurso narrativo. De ahí que para el lector actual resulten particularmente sugerentes sus puntos de vista sobre el ejército y sus observaciones sobre las características del soldado mexicano. No sólo hace alabanzas líricas del espíritu chinaco, sino sus descripciones del heterodoxo ejército mexicano resultan tan explícitas como los cuadros de Primitivo Miranda, donde nuestros soldados aparecen ataviados con una curiosa mezcla en que se unen el chacó europeo, la manta prehispánica, el fusil inglés y el huarache heroico. El juicio que externa sobre la muerte de los soldados mexicanos debe haber sido cotidiano en su campaña donde no podía dar a sus subordinados sino ánimo y el escaso pecunio salido de su propio bolsillo: “No hay casi nunca en nuestros combates esos gritos lastimeros de los heridos, de que hablan todos los que describen batallas; nuestros soldados caen y mueren sin quejas, sin lamentos y sin escándalos; caen y mueren como deben caer y morir los valientes, silenciosos y resignados”. El conde Émile de Kératry, participante en la contra guerrilla francesa y que tanto despreciaba a los mexicanos, no tuvo más remedio que admirar esta actitud, en su libro escrito también al calor de los acontecimientos: “La raza mexicana, mestizos e indios, es de una calma espantosa y siniestra delante de la muerte. Raramente pide gracia al aproximarse el último golpe. Para estos hombres el pasar de esta vida a la otra es un negocio pequeño; su tiempo ha acabado aquí abajo; han disfrutado la medida del bien y del mal que les estaba reservada”.²

¹ Antonio Albarrán, “Nicolás Romero”, en Daniel Cabrera, ed., *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*. México, 1890, p. 326.

² Émile de Keratry, *La contre guérilla franc aise au Mexique. Souvenirs de terre chaude*. París, Librairie Internationale, 1869, cit. y trad. de Martín Quirarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, p. 97.